



Un cristiano secular

A secular Christian

Don Cupitt*

Soy un cristiano secular, una persona comprometida con el pensamiento crítico y una persona para quien sólo hay un mundo, y es este mundo; sólo una vida, y es esta vida. Nuestra lengua se desarrolló con el fin de servir a los propósitos de nuestra vida en este mundo, nuestro mundo cotidiano; y no podemos salirnos del mundo de esta vida y decir algo sensato sobre un supuesto mundo eterno o sobrenatural ahí arriba. Desde que la novela es nuestra forma literaria más popular, parece que estamos dando ya por sentado el humanismo secular. Los personajes de Jane Austen son todos ellos anglicanos; pero el mundo en que viven ya se ha vuelto completamente secular.

Si ello es así, bien podemos pensar que el cristianismo es la religión más difícil de modernizar de todas, porque está mucho más comprometido que cualquier otra fe respecto a un elaborado sistema de creencias sobre el mundo sobrenatural, del que creemos haber venido, con el que nos relacionamos a diario, y al que retornaremos finalmente: el mundo de Dios, del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; en mundo de San Miguel y los nueve coros de los ángeles; el de la

Paper/Comunicación recibida el 07 octubre 2013 y aprobada el 18 marzo 2015.

Traducción de José Maria Vigil.

* English philosopher of religion and scholar of Christian theology. He has been an Anglican priest and a professor at Emmanuel College at the University of Cambridge, known as a popular writer, broadcaster and commentator. Country of origin: England. E-mail: editor@sofn.org.uk

Santísima Virgen y los miles de santos. Un mundo en el que las personas creen en muchos tipos de asistencia sobrenatural, como curaciones, regalos de cuya asistencia sobrenatural la gente encuentra de muchas formas, como curaciones, dones de la divina gracia, o conocimiento sobrenatural impartido a nosotros por revelación, iluminación o inspiración. Todo este aparato fue elaborado poco a poco en relación con el gran mito cristiano de la Creación del cosmos, la Caída y la Redención; una historia que comienza con Dios en la eternidad, con su primera creación, la de los ángeles, y con la rebelión de Lucifer y sus aliados, y que finalizará con el cierre del Infierno y el triunfo final de los bienaventurados en el Cielo.

Todo el conjunto de esta poderosa teología sobrenatural estaba todavía en pie cuando Carlos II llegó al trono inglés restaurado en 1660. La Biblia seguía siendo todavía la fuente principal de información sobre la cosmología y la prehistoria. En su Libro de Oraciones y en los principales escritos de John Milton y John Bunyan la antigua «civilización basada en la religión» todavía parecía más o menos intacta. Milton estaba muy bien informado sobre la ciencia moderna, pero debió de pensar que la versión protestante de la antigua fe tenía futuro; de lo contrario no habría arriesgado su propia reputación en la redacción de *El paraíso perdido*.

Poco después, en 1679, Isaac Newton publicó su gran libro, que con el tiempo iba a convertir la física matemática en la nueva Reina de las Ciencias, mientras el tradicional conocimiento dado por Dios que hasta entonces difundían los teólogos fue desplazado por el nuevo conocimiento, elaborado por el ser humano y probado críticamente. Este cambio costó mucho tiempo, en parte porque la cosmología de Newton no era histórica: no incluía la historia de cómo el universo y el sistema solar habían comenzado a existir y habían llegado a su forma actual. Pero entonces, en 1755, Kant y Laplace presentaron conjuntamente una teoría plausible sobre la formación del sistema solar, y después, la geología y la biología dieron un gran paso adelante hacia la creación de un gran relato científico: una

historia y una teoría sobre todo lo que ha existido hasta el momento, mucho más razonable y coherente que el viejo relato cristiano.

Sin embargo, el sobrenaturalismo tradicional persistió, hasta que dos grandes acontecimientos ocurrieron en Alemania. En 1781, la *Crítica de la razón pura* de Kant, fruto de una década de trabajo de un genio, significó el mejor intento de mostrar cómo la mente humana finita es capaz de conocimiento científico objetivo. En el proceso de Kant criticó de manera concluyente la vieja creencia de que pertenecemos a un orden sobrenatural eterno del ser, más allá del mundo de la experiencia. En efecto, Kant puso fin a la creencia de que la existencia de Dios puede ser probada, y desde 1800 ningún filósofo importante ha creído con plena ortodoxia en el antiguo Dios de los filósofos.

Luego vino la crisis de la crítica bíblica. En las universidades alemanas de finales del siglo XVIII los eruditos comenzaron a aplicar al estudio de la Biblia los nuevos y rigurosos métodos de la historia crítica. El proceso es demasiado largo como para contar aquí, pero el mayor evento temprano fue la publicación de *La vida de Jesús críticamente examinada* (1835-6), de David Friedrich Strauss, que mostró cómo un profeta judío y maestro del siglo primero fue siendo mitificado poco a poco en las mentes de sus seguidores. La vieja creencia ingenua de que "la Biblia es la Palabra de Dios" –o, en la frase católica típica, «tiene a Dios por autor»– se hizo insostenible.

Desde entonces, hemos llegado gradualmente a darnos cuenta de que todo el sistema de la doctrina cristiana es una construcción humana, un tanto azarosa, con una historia del todo humana, y que la Biblia, cuando se lee con atención, en realidad no enseña, ni siquiera sería compatible con la doctrina ortodoxa. Por ejemplo, sólo un escritor del Nuevo Testamento presenta a Jesús como la encarnación de un ser celestial preexistente en forma humana, Juan concretamente. Pero incluso en el Evangelio de Juan, el Señor Encarnado no es co-igual a Dios. De hecho, ningún libro del Nuevo Testamento enseña las doctrinas

totalmente ortodoxos, ya sea de la Trinidad o la Encarnación. Esas doctrinas no fueron reveladas por Dios en la Biblia, sino que son el resultado de los debates humanos y las luchas por el poder en los tiempos posteriores.

¿Cómo han reaccionado las Iglesias a todo esto? Los conservadores han decidido rechazar la razón crítica y entrar en la contra-cultura. Ponen un gran énfasis en la autoridad y en la fe, que para ellos se ha convertido (como ha dicho un bromista) en un don sobrenatural que les capacita para creer cosas sabiendo que no son ciertas. Los liberales insisten en que se mantienen lúcidamente críticos, mientras todavía se aferran con un cierto recelo a la fe oficial de la iglesia; Rowan Williams es el exponente más conocido de este punto de vista, y el mejor ejemplo de sus dificultades. Un poco más a la izquierda está un tercer grupo, los que reconocen que todo es un gran mito humanamente evolucionado, pero que contiene puntos de vista y los valores religiosos preciosos, y que continúa siendo el mejor mito para vivir. Este punto de vista es asumido por un gran número de sacerdotes y laicos y es sostenido explícitamente por esos «Mares de la Fe»* no realistas que permanecen en las Iglesias.

Estas tres respuestas cristianas a la modernidad están en tensión y resultan irónicas. Todas ellas evidencian una disonancia entre el mundo de las creencias religiosas y el mundo del conocimiento moderno, que ninguna de ellas puede resolver por completo. La religión tradicional que hemos heredado está muriendo rápidamente, y ello se debe a que está demasiado en desacuerdo con lo que ahora sabemos que es verdad. O debemos abandonarla por completo y convertirnos en budistas, o podemos inventar una nueva religión secular, o tal vez podríamos intentar una metamorfosis del cristianismo que lo transforme en una forma de humanismo religioso secular.

Soy sacerdote anglicano desde hace más de 50 años, y he llegado a adoptar una posición como la de este tercer tipo. A veces lo llamo «reinocentrismo» [en inglés, literalmente, "Reino-teología"], queriendo señalar que, originalmente, Jesús

predicó la llegada del Mundo Definitivo, la era prometida de la realización humana en el Reino de Dios en la Tierra. Lo que vino, en cambio, fue la Iglesia, que surgió entre las luchas por el poder entre los primeros clérigos, Pedro, Santiago y Pablo, hacia el año 50. Y sus esfuerzos por explicar la catástrofe de la horrorosa muerte de Jesús. Afirmaron que Dios había exaltado a Jesús al mundo sobrenatural, lo que significaba que, después de todo, al viejo mundo se le iba a conceder un período extra de tiempo durante el cual la Iglesia (gobernado por el clero) reclutaría un ejército multiétnico de creyentes que podría purificarse y mirar hacia arriba expectante para el regreso a la tierra de Jesús glorioso, para establecer el último Mundo, el Reino mesiánico en la tierra. Jesús había dicho: « ¡El reino comienza ahora!». La Iglesia dijo: «No: ha sido pospuesto: ustedes van a vivir bajo disciplina todavía durante bastante tiempo».

Así, este nuevo cristianismo eclesiástico, desde el principio estuvo completamente preocupado por el mundo sobrenatural, que era a la vez el Mundo de Arriba y el Mundo por Venir: y estuvo tan preocupado con su auto-purificación que casi todas sus principales figuras fueron célibes los primeros 1500 años. Enseguida, Jesús, muy intensamente mitificado, se convirtió en el Cristo divino, un ser celestial, el Hijo eterno de Dios, y en los credos, la vida real de Jesús y su mensaje se reduce a una simple coma que separa «nacido de la Virgen María» de «padeció bajo el poder de Poncio Pilato». El cristianismo era tan de otro mundo, que vio este mundo y esta vida como completamente sin valor. Todavía en el Libro de Oraciones de 1662 –que todavía tiene muchos admiradores– los participantes en un funeral agradecían a Dios por llevar la persona fallecida "fuera de las miserias de este mundo pecaminoso».

Hoy todo ha cambiado, porque hemos perdido recientemente los últimos vestigios de la creencia en un futuro Mundo Mejor. Hoy día los funerales son un ritual del final de la vida. Celebran la vida de la persona fallecida, porque ya no creemos en el Juicio Final ni en la vida individual después de la muerte. Al mismo tiempo, también hemos renunciado a todas las formas de la esperanza liberal o socialista en un mundo mejor dentro del futuro histórico. La creencia liberal en la

«perfectibilidad del hombre» y la creencia socialista en la sociedad comunista futura están muertas. Ahora nos damos cuenta de que ya estamos viviendo en el último mundo que conoceremos. Este lenguaje que hablo, este mundo en torno a mí, y esta vida que vivo en conjunto constituyen lo que en mi manera de hablar yo llamo «todo». Es todo lo que hay para mí: y tengo 79 años. Pronto dejaré de ser.

Esta toma de conciencia que yo llamo «el reloj despertador», hace que el Cristianismo de la Iglesia parezca tan engañado como los terroristas suicidas que piensan que se van al cielo... Al igual que Andrew Marvell, me siento "carro alado del tiempo, inexorable"; la muerte está respirando junto a mi cuello. ¿Cómo vamos a vivir, que ahora sabemos que estamos cerca del final de nuestro mundo? Tal como yo lo veo, el Jesús original, anunció la llegada del último Mundo, y enseñó la ética apropiada. No tenemos tiempo para los sentimientos negativos de ansiedad, o la envidia, el odio, ni para la abrigar rencores. No hay tiempo para cualquier tipo de ley-ética. Deberíamos vivir la vida con toda intensidad, y sobre todo con generosidad, gastándonos a nosotros mismos en el amor como si no hubiera un mañana, porque no lo hay.

La enseñanza moral del Jesús original, reconstruida críticamente, era totalmente centrada en las relaciones humanas y en la libre auto-expresión humana, o, como ahora lo llamaríamos, la «auto-realización». Jesús parece ser sorprendentemente secular, algo difícil de explicar hasta que recordamos que en el Mundo Definitivo «no hay Templo», como dice el Apocalipsis de Juan, no hay un sistema religioso, ni una divinidad bien enfocada y concreta. En el Reino, Dios se dispersa en un «brillo» universal, una inteligibilidad luminosa en la que no hay oscuridad y todo lo que es fácil de ver. Es un mundo puramente humano en el que todos son iguales, y todo corazón está abierto. No hay más allá y por lo tanto no hay ulterioridad, ni engaño o duplicidad, porque podemos tratar de engañar a la gente sólo si somos capaces de imaginar un futuro en el que podamos sacar provecho de nuestro engaño. No somos almas inmortales, con un futuro a muy largo plazo: no somos más que nuestra propia vida de nuestras propias vidas breves. No debemos

ser acaparadores, porque no podemos hacerlo con éxito. En cambio, debemos derramarnos a nosotros mismos sobre la vida, sin reservas. Como dice el dicho popular dice: «O lo usas, o lo pierdes». No te escondas, sal como sale el sol para derramarse y gastarse... ¡Arde como él! No hagas comparaciones, ni reclames tus derechos. Lo que has de hacer hazlo bien, ¡arde!

He tratado de indicar muy brevemente cómo la enseñanza reconstruida del Jesús original, analizado correctamente, puede inspirar a una nueva religión humanitaria de la vida ordinaria al liberarnos de nuestra ansiedad moderna acerca de la transitoriedad y la muerte. Hasta ahora, a menudo se ha afirmado que la ética de Jesús no era practicable, por lo menos hasta que llegue el Reino. Pero, por el contrario, he tratado de sugerir que es una ética necesaria. Nuestra mayor necesidad es únicamente reconciliarnos con nuestra propia fugacidad y entre los unos y los otros, y el remedio es lo que yo llamo «solaridad» [al estilo del sol]: la generosidad total y amor a la vida.

¿Qué pasa con el argumento de que, así como la búsqueda del Santo Grial era inalcanzable para los caballeros de Arturo y llevó a la destrucción de la Mesa Redonda, igualmente la ética de Jesús original resultaría inalcanzable para los seres humanos normales? Al contrario, el argumento de Jesús es precisamente que, a menos que podamos aprender a ser supergenerosos, nunca podremos esperar construir la paz entre los humanos en la tierra. La justicia humana no es suficiente. Para un ejemplo moderno, en Irlanda del Norte muchas personas sencillas saben que no habrá plena reconciliación a menos que la gente pueda encontrarse en la calle o compartir en una mesa con sus antiguos enemigos acérrimos. Muchos de ellos ya lo están haciendo, porque es una necesidad moral.

No cometamos el error habitual de suponer que Jesús enseñó un amor justo y recíproco para con el vecino. Incorrecto: eso no es Jesús, es Moisés; y Jesús insiste en que eso no es suficientemente bueno. Él enseñó el amor a los enemigos, el amor no correspondido, el amor sin límite. Él era un rebelde, y no es de extrañar que en el Concilio de Trento la Iglesia censuró su doctrina del «amor puro». Desde

el principio la Iglesia se basó en el rechazo del Jesús original secular. Durante todo el período eclesiástico se ha argumentado que, debido al Pecado Original, los seres humanos no pueden vivir la ética de Jesús en esta vida. En su lugar, tienen que vivir bajo la disciplina de una ley civil y religiosa estrictamente aplicada. Pero Jesús dijo que podemos y debemos ir mucho más allá de las ideas humanas ordinarias del derecho y la justicia, y hoy lo hacemos. Consideremos, por ejemplo, la donación gratuita a los extranjeros de la sangre y otros órganos. Las personas son capaces de vivir el Sermón de la Montaña, lo viven.

Un punto final. En un pequeño libro llamado *Ética solar* (1995) presenté una defensa filosófica del emotivismo ético y expresivismo, de modo que se pueda sostener al margen de Jesús. Yo no lo necesito a él como una autoridad; acabo de señalarlo como el primer maestro que pasó a hacer las cosas bien.

Pero yo no voy a volver a hacer la religión lógicamente dependiente de cualquier pretensión dudosamente histórica. Nagarjuna (ca. 150-250 aec.) hizo un cambio de pensamiento similar acerca de la enseñanza del Buda.

En resumen, Jesús había predicado la llegada del Reino. Era el momento de empezar a vivir la vida del Último Mundo, como si estuviéramos ante el final del tiempo. Y ésa es la posición en la que me encuentro a mí mismo, un cristiano laico en el final de mi mundo. A veces he llamado a mi religión «Vacío y Brillo», «humanismo radical vacío», «la religión de la vida», y «reinocentrismo». No es nada muy especial; es donde los post-cristianos occidentales estamos ahora. Y, más bien, me gusta: no me estoy quejando.